

Hace veinte años conocí en Varsovia en un club de actores, donde se podía conversar óptimamente y comer también óptimamente, a la mujer de un, así llamado, pintor surrealista muy conocido en Polonia, la cual, entre otras cosas, ha traducido La montaña mágica de Thomas Mann al polaco y es una de las damas más cultas de Polonia. Sólo al final de nuestra conversación aludí a su espantosa situación, a saber, que su marido estaba agonizando en una clínica de Varsovia y ella, esa noche, había salido y estaba acompañada por primera vez desde hacía un año. Tuve aún el placer de estar con ella y de conversar con ella varias veces sobre literatura y arte polacos y alemanes. Por supuesto hablé con ella también de política, expresando una y otra vez mi admiración por los polacos. Cuando, diez años después, estuve otra vez en Varsovia, la visité enseguida, como es natural. Sin embargo, en la puerta misma me recibió con la noticia de que su marido estaba agonizando, lo que hizo que yo creyera que estaba loca. Realmente, sin embargo, se había casado otra vez hacía casi diez años, después de haber muerto su primer marido, y ahora su segundo marido estaba en la misma clínica que el primero y, de hecho, por la misma enfermedad, lo que ella no me dijo enseguida. Como es natural, la invité inmediatamente al club de los actores, y otra vez me dijo que desde hacía un año no estaba acompañada y que, naturalmente, no había ido al club. Cuando ahora, diez años más tarde, he vuelto a Varsovia, no la he visitado ya, aunque durante toda mi estancia la he echado de menos ininterrumpidamente y, como es natural, he sentido remordimientos.